

Naricear la Canópolis en clave interespecie-antiespecista

David Abraham Varela Trejo¹

...la nariz existe no como una estructura anatómica –un bulto en la cara– sino en su naricear: esto es, en el respirar, oler y sentir a través del cual continuamente exploramos el camino por delante.

TIM INGOLD

Piense a un perro o una perra, una que le guste. Ahora imagínela en la calle oliendo todo a su paso, dejándose llevar por un aroma y luego otro. Ese todo es importante de conjurar, al menos en un tosco *nombre humano*: aceras, postes, hojas, árboles, arbustos, defensas de auto, llantas de auto, comida, flores, excremento, basura, *algo* podrido, manos de transeúntes, las bolsas del mercado llenas de comida puestas en el suelo; pero, *sobre todo*, otros perros que *se han dejado* en alguna superficie para perdurar en el espacio-tiempo. Imagine que además de oler todo aquello, cada que esta perra se encuentra un árbol al paso, se detiene y lo *sniff, sniff, sniff*, inspecciona con atención y esmero, porque hay tanta información sobre sus congéneres que vale la pena tomarse su tiempo: *conocer quiénes son*. Las marcas de *otros* le esperan cuales signos vivientes que *están ahí para ella*, para ser pensados (Kohn, 2021).

¹ Licenciado en sociología por la UAM, unidad Azcapotzalco. Maestro y doctor en Antropología por la UNAM. Sus intereses de investigación cruzan una antropología de las relaciones en clave multi e interespecie, en el marco epistémico de los Estudios Críticos Animales. Es docente en la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Continúa observando y, aunque no percibe esos signos –no están ahí *para usted*–, sí nota cómo entre más se interesa por el olor, más rápido y fuerte empuja aire con su nariz para levantar las partículas del suelo. El nariceo humedece las superficies por donde pasa el órgano, dilatando las partículas y *saborear mejor con su órgano bomeronasal*. Segrega mucosidad en forma de gotas; es como si la nariz llorara de gusto por encontrar un aroma asombroso, inquietante. Hay gozo en el *naricear*, ahí ocurre algo más que simple olor emanando de las cosas: está la presencia evocada del otro y la sensibilidad química con la que se responde a él. Es una respuesta transformadora y esa respuesta lleva siempre a un lugar nuevo, “dejamos de ser nosotros mismos o, cuando menos, dejamos de ser el yo que éramos para convertirnos en un yo en encuentro con otro” (Tsing, 2021: 74). Los olores, en su atracción o repulsa, en su “naturalidad” o “artificialidad”, nos hablan necesariamente de la consideración y respuesta a otros cuerpos. Constantemente emergen fronteras sociales a partir de estos eventos olfatorios: no hay buenos o malos olores, sino nariceos atentos e interesados en diferentes cosas. De pronto, en esa superficie aparecen *una miríada* de perros, perras, el poste vibra gracias a toda la orina acumulada que es un testimonio histórico de incontables perras que otrora han pasado también por ahí y alzado la pata o poniendo el trasero al piso, *dejándose desde dentro*, como si se regaran a sí mismas para un florecer invisibles.

Ahora, ¿esta perra pasea *sola*?, ¿la imaginó usted sola? Si lo hizo, deténgase y piénsese con ella; esta perra es “su compañera” –proceda a ejercer el poder de nombrar– y va sujeta a una correa durante su paseo matutino, o de noche si lo prefiere. Sin embargo, hay un rasgo de su personalidad y de *su relación* que la perra encuentra sumamente desagradable: a usted le desespera tener que detener tan a menudo el paso para que ella olisque la gramática de sus congéneres que tiene delante de sí. De hecho, le gustaría más, mucho más, que usted siguiera diligentemente sus pasos sobre la ruta que van trazando su olfato y los olores en danza con el aire que se arremolina en sus fosas nasales, y disfrutara de los “contratiempos” que esa indeterminación provee; nariceos con los que ella –a diferencia suya– experimenta intensamente. Usted intenta alejarla de un charco de orina, o una caca que encuentra asquerosa pero ella

resiste, dejando al desnudo su petición de *derecho a oler* en sus propios términos. Si hay un derecho que las perras deben tener es el de oler o, mejor dicho, el de naricear, el de hacerse caminos para andar con la nariz: dejar que ésta salga al encuentro del otro para conocer, ser conocida y generar historias en el intercambio químico procedente de los cuerpos que se afectan a distintas escalas. Quizá el olfato canino construye sus propios relatos y la ciudad o el campo están llenos de testimonios, chismes, afrentas, y nosotras, *insensibles* de la nariz, ni nos enteramos de toda esa rica cultura canina *a ras de piso*, que viaja sobre corrientes de aire hasta *encontrarse* con alguna trompa y transformarla, haciéndose con ella. Los perros siguen el rastro de la indeterminación de los encuentros: ¿qué olor? ¿qué perro?, ¿qué relaciones?

La Canópolis es un modo de nombrar *una comunidad naturocultural de las perras junto con otras formas de vida en tiempos y espacios concretos*. No es un territorio que pueda llamarse privado a la usanza humana, sino uno comunal donde las relaciones de “alteridad significativa” entre perros, humanos y otros tipos de seres y materialidades conviven, coexisten y hasta cooperan. Hay fricción y ruido tanto como creatividad para responder al otro alzando la pata, o pegando la nariz al piso. Es una comunidad fundada en el olfato, en las marcas y marcajes y otros paquetes de información química, en los senderos y líneas que dibujan los cuerpos –potencias de afectación–, es una comunidad semiótico-material cargada de vida, muerte, enfermedad y política. La Canópolis es el espacio de la irresolución, de identidades móviles, metafóricas, invisibles y literales; es un lugar que está dentro y al margen de los esquemas sensibles humanos antropocéntricos. Es una “intrigante interacción naturaleza-cultura” que en su indeterminación “envuelven diferentes formas de oler y diferentes cualidades en los olores” (Tsing, 2021: 82).

Indeterminación y perras: ¿qué *eventos* inician con el olfato? La nariz sigue el rastro de lo imprevisible en el espacio-tiempo porque ésta va haciendo *territorio*, deviniendo territorio con ayuda de todo el cuerpo canino que se derrama sobre otros cuerpos no vivos. El perro es cuerpo-territorio; las marcas de sí son *metáfora de su presencia; una presencia evocada* (Despret, 2022) en cada expulsión de orina, en lo que las glándulas anales dejan en las heces como

aseveración y ampliación del cuerpo *entre* otros cuerpos deviniendo-con... (Haraway, 2016). Devenir territorio es cosa seria para los cánidos; dirige su comportamiento para hacer historia, *su presencia es histórica* (Despret, 2022) y se narra en ese sendero químico por donde *se vino* y hacia dónde *se va* movido-*por* partículas, desvelamiento de una alteridad que los interpela, que se mezcla con ellos en cada aspiración. Motivados por dejarse en el territorio y hacerse con/en él, significan y articulan con el espacio de los demás, perros y no-perros, con la propia presencia evocada –la orina, las heces, el cuerpo restregado, *untado* por aquí y allá: ¿qué perras?, ¿qué temporalidades?, ¿qué relaciones?–.

El olor es relacional y produce relaciones; hace lo social por cuanto no es una materia fija ni dada y siempre está para alguien de modos políticamente significativos en encuentros históricos interespecíficos. El olor de perro existe –¿hay solo *uno*?– para un otro, *por un otro*, ya sea en su atracción o en su rechazo. ¿A qué huele un perro?, ¿a qué huele la orina de perro?, ¿son los olores neutros, *políticamente* neutros?; ¿son las *marcas caninas*, su modo evocado sobre los monumentos, la propiedad “privada” y la calle, *la contracara de lo limpio*? La sensibilidad química está modelada en parte por cambios en la sensibilidad social que acompaña el proceso civilizatorio (Elías, 1987). El olor está regulado por fuerzas sociales hegemónicas, disciplinado y normativizado por políticas de salud; los olores organizan territorios, delimitan la movilidad y el comportamiento; estigmatizan y marcan algunos cuerpos caninos como sucios; patologizan y exhiben como indeseables en la bio-cultura. Los buenos y malos olores se producen en sociedad y se conectan con los modales, algunos *afectan* ciertas sensibilidades e ideologías sobre lo limpio y el lugar de cada cual en un mundo signado por “el progreso”; los humores perrunos viajan a través de la fricción cultural, movilizadora de la creatividad y el cambio cultural (Tsing, 2021).

El sentido del olfato es el más animalizado de los sentidos, es el “sentido mudo”, como le llama Diane Ackermann (1992), lo que enfatiza la dificultad que tiene el lenguaje en la tarea de nombrar y describir lo que se huele sin recurrir a préstamos de otros sentidos, como lo dulce, por ejemplo, que le es propio al gusto, como lo suave le es al tacto. ¿De qué manera podríamos

nombrar y describir el movimiento de una perra, de muchos perros, a partir del rastro olfativo que dejan a su paso cuando nos faltan no sólo las palabras sino la percepción adecuadas? ¿Cómo se puede narrar ese evento? ¿Qué descripciones son válidas? Este relato tiene profundas raíces históricas, debajo de la tierra, por dónde empezar a seguir un rastro. Por su animalidad y su “mutismo”, el sentido del olfato es en Occidente el más opuesto al *proyecto civilizatorio*, sobre todo en lo que atañe a los perros y su relación con la salud pública y la higiene y lo poco apasionado de los procesos de desodorización de las ciudades que demonizan los territorios químicos-caninos, y los producen como enemigos de este nuevo orden aséptico: su peste debe ser exorcizada.

Un desafortunado y buen ejemplo lo encarnaron los históricos perros callejeros y la biopolítica para su control. Su nacimiento institucional pudo ocurrir entre los siglos XVII y XVIII. A los perros callejeros los arrojó la colonización como un desecho. La conquista que ayudaron a consumir con sus fauces y narices no tenía un lugar reservado para muchos de ellos; hijos de soldados hembras y machos, despreciados por una sociedad colonial que flirteaba con los ideales ilustrados: apestaban y no tenían dueños. Al perro de guerra le falló el sistema —uno *especista*, colonial y racista—, y lo produjo como un paria, un ente sin casa dejado a su suerte en una ciudad donde su presencia cada día evocaba más la imagen de un pasado agreste a superar de cara al naciente progreso y el desarrollo. A menos que esa nariz aún pudiera tener acomodo en el desempeño de alguna función, ya no como arma, sino para otro tipo de trabajos (como la seguridad privada, la protección de bienes preciados o la cacería), eran cuerpos desprotegidos, despojados de toda cualidad para la vida y la vida social, sin acceso a la comunidad, sin dueño, la peor de las desgracias (esto plantea relevantes cuestiones a propósito del olfato y el trabajo canino en este tiempo y lugar —narices para el rescate de humanos en fenómenos naturales catastróficos; la búsqueda de drogas; o en el sector médico trabajando en la detección de cáncer, etc.—, y cuáles son nuestras responsabilidades, si debe ser abolido o continuar “de otro modo”, pero no sobra el espacio).

Desde una lectura multiespecie, a los perros de postconquista les habitaba otro minúsculo actante: el virus de la rabia; éste se convertiría en un recurso

político, una estrategia para legitimar su exterminio por parte de las élites políticas mexicanas y sus ambiciones estético moderno-ilustradas (Montoya, 2017). En términos de abanderado del progreso, no era tanto la rabia como *la vacuna* que el médico Eduardo Liceaga había ido a preparar a Francia al lado de Louis Pasteur, la metáfora perfecta de esa conquista de la naturaleza, de ese avance hacia *adelante* en la línea del progreso material (Rojas, 2018). Diversos cuerpos afectantes como las heces, los parásitos como el *escherichia coli*, el virus de la rabia, la vacuna, la nueva organización urbana del centro histórico por parte del gobierno y la estructura policial, el discurso de salud, hacen de los olores caninos algo indeseable. La complejidad de los nariceos caninos, sus interacciones químicas, se reducen a un único rasgo: el de la enfermedad, la suciedad y la inmundicia; el de lo bajo, abyecto, “atrasado” e incivilizado, de lo inseguro, lo precarizado y periférico. A los perros se les castiga por ser fieles a sí mismos, a sus “humores”. Se les somete a regímenes olfativos humanos, a la sensibilidad humana, a sus modales y su aburrido sentido del “buen oler”. Ya en “la modernidad”, las glándulas anales, promotoras de la “identidad” entre canes, se “exprimen” durante los baños profesionales para liberarlos de ¡su olor a perro!

¿A qué huele un perro? El marcaje canino, tanto de machos como de hembras, no es una afrenta a la sacrosanta propiedad privada ni el antónimo ofensivo de lo limpio, sino un evento de propagación del cuerpo para hacerse territorio, dejarse como historia de un lugar y florecer invisible en la nariz de otra: ¿qué perra? Es evidente que, aun sin insistir mucho en ello, las fricciones entre el mundo sensible canino y el humano producen un olor que se percibe a la distancia. Cuando hablo de los orines y las heces, más que una ficción escatológica, escribo sobre éstas como materias vibrantes (Bennett, 2022) para indicar la red relaciones entre materialidades que coexisten en el tejido de la vida y movilizan políticas públicas de saneamiento y pacificación. La *otredad significativa* de la que habla Donna Haraway libera mejor su aroma, aquí y ahora, en encuentros con y desde la diferencia; la similitud uniforme a los perros y les obliga a oler a algún nauseabundo perfume humano; no reconoce un olfato radicalmente distinto, el tipo de mundo que abre con gustos más heteróclitos.

A qué huele un perro solicita de nuestra insensibilidad una respuesta curiosa y amable para re-sensibilizar la nariz: ¿narices contra la hegemonía odorífera, contra la ideología química antropocéntrica, occidental y civilizatoria!

Devenir entre especies es participar en el juego de las diferencias olfativas como identidades efímeras, es danzar con ontologías cuadrúpedas, de tacto-nariz húmedo metafóricamente prensil; *es participar en culturas del con-tacto íntimo* (Despret, 2022; Haraway, 2016). Al ser interpelados por las narices caninas entramos en relación con su mundo. Naricear la canópolis es aprender a poner atención desde abajo, es re-conocer maneras de sentir-el-mundo que no comprendemos del todo; es también usar la imaginación con responsabilidad y “habitar” con lo *canino* para aprender a cuidar de ellos como una práctica mundana. Es un manos a la obra, no como quien ejerce una soberanía tomando al otro para hablar por él, para representar y decir qué le gusta y que no, sino como quien acepta que tiene mucho que aprender sobre cómo devenir-perro (los perros, desde hace mucho, manejan el arte del devenir-humano). Generar conexiones parciales, pero reales, articulaciones potentes para habitar lugares-otros (Haraway, 2019): una canópolis multiespecie y antiespecista.

El especismo es el problema *con que debemos seguir* (Haraway, 2019) para plantear otros modos y mundos posibles intrincados con nuestro porvenir. Iván Ávila (2013) ha pensado de manera atinada el especismo como un orden que produce lo biológico, lo material y lo social orientado por la dicotomía humano/animal, donde nuestra especie ocupa una posición de superioridad para controlar las vidas de los animales y decidir cómo deben morir. Este orden ha producido ciertos marcadores culturales antropocéntricos que impregnan el ambiente de biopoder, normatividad sobre sus cuerpos basada en la “especie” y la utilidad que nos proporcionan, violencia, así como estereotipos de amantes fieles, leales, grandes amigos, obedientes, etc. ¿Qué pueden oler, o qué no pueden oler los cuerpos caninos?, ¿qué marcas son toleradas en el espacio público y cuáles no? Para los perros, este orden especista es incorporado mediante *las palabras de los hombres (en un lenguaje eminentemente patriarcal)*; de grandes adiestradores que saben cómo ejercer el dominio e impedir nariceos o cosas que distraen de su verdadero motivo: obedecer.

Llamemos a esto *Canidad*: un esquema socioafectivo de pensamiento y acción que normativiza y regula la vida naturocultural, histórica y afectiva de los cánidos al dictar maneras-correctas-de-comportarse y de relacionarse con nuestra especie. Imagine ahora a nuestra querida amiga, la perra de hace unas páginas (o perrito si usted eligió así). Ahora ella no puede oler a su gusto, ya no puede abrirse camino nariceando intensamente, y eso es lo correcto, lo *natural*, porque antes que obedecerse a sí misma usted tiene prioridad, la correa de mando está en sus manos. Ahora ella ha de obedecer e ignorar dolorosamente las efímeras esencias que emanan de las cosas. Dejar de oler es detenerse al placer desperdigado en el espacio y así se le *desterritorializa* al quedar impedida de responder a los demás que están allá *afuera*: de este modo se priva al mundo de su respuesta poética, evocada en una superficie impredecible, su nariz se mueve rápida, espectral y superflua sobre las cosas, ya no se posa contemplativa a socializar.

Esta perra, y muchas más, aclaman ser acompañadas y respetadas en sus paseos-nariceos, claman justicia interespecie mediante una imaginación comprometida y respetuosa de su mundo sensible y cómo lo experimentan. Es decir, no podemos recomponer nuestro olfato para encontrar en las heces de otro, como los perros sí, un olor interesante e informativo. Pero podemos prestar atención imaginativamente a eso que hacen los canes: ¿qué olor *es* ese que te tiene prendada de esa tierra? ¿Quién visitó esas hojas y qué le respondes tú? Aunque no disponemos de medios para responder a esas preguntas (quizás no, por ahora, y no estoy hablando tanto de tecnología como de un refinamiento de nuestra sensibilidad), podemos tomar esas experiencias sociales y estéticas alter-humanas como reclamos de derechos y responsabilidades para la convivencia multiespecie. Esa es una manera en la que cooperan y exponen sus demandas: su “compañía” nos lleva a una praxis fuera de lo humano para atender formas de relacionalidad multiespecie donde no dictamos las reglas, formas sensibles y afectivas que, por nuestra condición de humanas, pasan inadvertidas; no se nos pueden ocurrir sin su presencia en nuestras vidas, sin que ellos lo sugieran.

A los animales no nos interesan las mismas cosas (Pelluchon, 2018). Como proyecto político contraespecista, naricear la canópolis es un golpe al logocen-

trismo y a los regímenes afectivos antropocéntricos respecto de la necesidad de generar otras gramáticas y registros de lo que importa en comunidades multi e interespecie, es decir, lo que es significativo para las existencias y formas de vida alternativas a lo humano que conviven con nosotras. También llama la atención sobre el sufijo “-polis”, y otros mundos relacionales que no se enuncian aquí y que también son espacio de diálogo y oportunidad en la conjuración de otros lugares para habitar. Por ejemplo, los contextos rurales donde los perros (llamados perros-pueblo en oposición y distinción con el perro callejero urbanita), contrario al hábito urbano, no llevan en la mayoría de los casos un collar con una placa de identificación, ni salen acompañados por humanos con correas. Antes bien, gestionan de manera autónoma el tiempo que desean pasar en casa y el que dedican a realizar otras actividades. Naturalmente, no están exentos de peligros y desfortunas, pero el punto es que esos contextos desvelan que los perros no preexisten a sus vinculaciones con otras existencias, y, por otro lado, tomar nota de la ocurrencia de otras configuraciones multiespecie posibles situadas más allá de los contextos urbanos y del saber autorizado. Para terminar, naricear es una práctica cultural más-que-humana, múltiple en formas de vida y materialidades implicadas y políticamente situada; cuando una nariz se posa y abre al mundo, las palabras con las que nombramos esa actividad pueden ser una invitación a un preguntar curioso y atento a la diferencia significativa, o una licencia para legitimar nuestro asco, ignorancia olfativa y ausencia de *perritud*.

Referencias

- Ávila, Iván Darío. (2013). *De la isla del Doctor Moreau al planeta de los simios: La dicotomía humano/animal como problema político*. Bogotá: Ediciones desdeabajo.
- Bennett, Jane. (2022). *Materia vibrante. Una ecología política de las cosas*. Buenos Aires: Caja Negra Editora.
- Despret, Vinciane. (2022). *Habitar como pájaro. Modos de hacer y de pensar los territorios*. Buenos Aires: Editorial Cactus.

- Elías, Norbert. (1986). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Haraway, Donna. (2016). *Manifiesto de las especies de compañía*. Bilbao: Sans Solei Ediciones.
- Haraway, Donna. (2019). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Cthuluceno*. Buenos Aires: Consonni.
- Kohn, Eduardo. (2021). *Cómo piensan los bosques*. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Montoya, Jesica. (2017). *Vida de perro en una ciudad ideal. Matanzas de perros callejeros en la Ciudad de México, 1791-1820*. (Tesis de maestría). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rojas, Laura. (2011). *Muerto el perro, se acabó la rabia. Perros callejeros, vacuna antirrábica y salud pública en la Ciudad de México, 1880-1915*. (Tesis de maestría). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Tsing, Anna L. (2021). *Fricción. Una etnografía de la conectividad global*. Barcelona: I.F publications.
- Tsing, Anna L. (2021). *La seta del fin del mundo. Sobre la posibilidad de vida en las ruinas capitalistas*. Madrid: Capitán Swing.